



TE AMO PORQUE BEBO
MAL WHISKY

Alberto Martín-Aragón

TE AMO PORQUE BEBO
MAL WHISKY



Primera edición: septiembre 2021

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Alberto Martín-Aragón

ISBN: 978-84-18828-98-0

ISBN digital: 978-84-18828-99-7

Depósito legal: M-25408-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A Julia

Olvidamos que todos somos hombres muertos
que estamos conversando con hombres muertos.

JORGE LUIS BORGES

1

—PAPÁ, ¿qué estás bebiendo?

—Whisky.

—¿Está bueno?

—Asqueroso, hija, pero me ayuda a estar tranquilo cuando las cosas se complican.

—¿Me das un poco?

—Todavía no necesitas esta basura. ¿Por qué no vuelves a la cama? Es muy tarde.

—No me atrevo. Hay un hombre en mi habitación que no me deja dormir.

—¿Un hombre? Eso es imposible. En esta casa solo estamos tú y yo.

Un mosquito se estaba ahogando en un charquito de whisky que se había formado sobre la mesa. Mi padre aplastó el insecto con el pulgar derecho, se lo metió en la boca, se lo tragó y me pellizó un carrillo.

—Te digo la verdad —insistí—. Es un hombre que se parece mucho a tí y que está completamente desnudo.

—Pues vuelve a tu habitación y dile a ese hombre que venga aquí. Tendré que hablar con él seriamente para que deje de molestarte.

—No me atrevo. Le brota mucha sangre de un corte que tiene en el cuello.

—No me digas. Hay que ser cerdo y cobarde para asustar a estas horas a una niña tan buena como tú.

—Yo no soy buena, papá.

—¿Quién dice que no lo eres?

—La gente del colegio. Dicen que soy una ninfómana.

—No hagas caso a lo que te digan en el colegio. Los colegios están llenos de gente infeliz y la gente infeliz miente mucho.

—Entonces tú debes de mentir mucho, papá, porque yo creo que eres muy infeliz.

—¿Crees que soy infeliz?

—Sí, pero me gusta que seas infeliz.

—¿Por qué?

—Porque la gente feliz me parece aburrida —respondí.

Un pequeño murciélago irrumpió en el salón y trató de posarse sobre mi cabeza, pero mi padre le arrojó un puñado de hielos y el murciélago huyó a otro lugar de la casa.

—Yo pensaba así a tu edad, pero cuando me hice mayor descubrí que la gente infeliz también acaba siendo aburrida —comentó mi padre mientras se servía más whisky.

—Tú no eres aburrido. Por eso te quiero un poquito.

—¿Por qué crees que no soy aburrido?

—A veces hablas solo.

—Mucha gente habla sola, Sara.

—También sobornas a políticos para que te dejen construir casas en zonas donde solo viven plantas y bichos.

—¿Quién te ha dicho eso?

—El señor desnudo que está en mi habitación.

—Ese señor solo existe en tu mente.

—No, papá. Es real. Tiene tu misma voz y huele igual que tú. Huele a whisky.

—No hagas caso a ese señor. Solo quiere que tú y yo no seamos amigos.

—¿Por qué no vienes a mi habitación y le dices que se vaya?

—No es necesario. Ya se ha ido.

—¿Cómo lo sabes?

—Le he visto salir volando por la ventana de la cocina hace unos segundos.

—¿Por qué no le he podido ver yo?

—No lo sé. Hay cosas que no son fáciles de explicar.

—¿Por qué lloras, papá?

—He bebido demasiado o quizá no he bebido lo suficiente.

—Tienes que cuidarte.

—Y tú deberías tocar menos las pelotas a tu padre. ¿Por qué no te vas a la cama de una puñetera vez?

—Porque hay un señor desnudo en mi habitación. Ya te lo he dicho. ¡Y no me grites!

—No te grito, hija. Solo trato de decirte que ese señor ya se ha ido.

—Mentira —repuse—. No se ha ido porque le oigo respirar desde aquí. Y puedo oler la sangre que brota de su cuello.

—Voy a tener que zurrarte como sigas dándome el coñazo con esa historia.

—Si me zurras, te prometo que me vengaré.

—¿Y cómo piensas vengarte, culona?

—Te cortaré el pito y se lo regalaré a los leones del zoo para que se lo coman.

—¿De dónde sacas esas ideas tan disparatadas?

—No lo sé. Son ideas que me vienen solas. Y con esas ideas estoy escribiendo una novela.

—¿Una novela? ¿Y de qué trata?

—Del ocaso de una civilización.

—Muy ambiciosa me parece.

—Lo sé, pero creo que es un tema que conozco bien.

—No eres todavía demasiado joven para ser especialista en ocasos de civilizaciones. ¿Cuántos años tienes, Sara?

—Deberías acordarte de mi edad, papá. Ayer fue mi cumpleaños y no me felicistaste.

—Lo siento. Últimamente me falla la memoria.

—Creo que estás enfermo.

—Yo también lo creo.

—También creo que vas a morirte pronto.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo ha dicho el señor que está en mi habitación.

—Al parecer ese señor sabe todo.

—¿Me das un poco de whisky?

—Te he dicho que todavía no lo necesitas.

—Esta casa me da miedo, papá. Deberíamos mudarnos a la ciudad. Allí los muertos son menos ruidosos.

—Ya no hay tiempo para eso. Además esta casa es grande y tiene jardín y piscina. A ti te gusta bañarte en ella.

—Me gustaba antes, pero ahora no. Ayer vi a una mujer muerta flotando en el agua. Se parecía a mamá.

Varias sillas del salón levitaron durante unos instantes y luego cayeron con estrépito sobre el suelo de madera.

—Sara, vete a la cama. Tienes que dormir.

—¿Y tú?

—Esta noche tengo trabajo.

—¿A quién vas a sobornar ahora?

—Vete a la cama, cojones.

—¿Y qué pasa con el señor que hay en mi cuarto?

Mi padre propinó un manotazo a la botella de whisky que había sobre la mesa y la botella voló un metro y medio hasta chocar y hacerse pedazos contra un espejo ovalado que, extraña y misteriosamente, aguantó el impacto sin sufrir ni un solo rasguño, arañazo o resquebrajadura.

—¿Por qué has hecho eso, papá?

—Para no zurrarte a ti, culona.

—Eres un hombre peligroso, pero te quiero.

—Yo también, Sara.

Nos abrazamos y estuvimos oyendo nuestras respiraciones durante varios segundos y papá me preguntó al oído:

—¿Quién eres tú?

—Soy tu hija.

—No te recuerdo.

Aquel hombre me sobó el culo y de repente tuve cuarenta años.

2

ME despierto en mi sofá de cuero de búfalo, completamente desnuda, con jaqueca y malestar estomacal, las tetas pegoteadas de vodka veterano. La luz del mediodía se filtra abusiva por las ventanas de mi apartamento y hostiga una parte de mi rostro pálido y abotagado. Me incorporo pausadamente y me froto los ojos legañosos. Y mientras me peo varias veces, pienso en lo acaecido hace solo unas horas.

Una mujer flaca de unos cincuenta años se acercó a mí y me confesó que le gustaba mi cabello negro y ondulado. Comentó que me parecía a Ava Gardner. Su comparación me pareció forzada. Le dije que mi cabello negro y ondulado me parecía vulgar y añadí que Ava Gardner no me lo parecía menos. Ella rio y me aseguró que yo era un *bombón muy ocurrente*. Acto seguido me dijo que se llamaba Tamara Becerril y que se ganaba la vida escribiendo libros infantiles. Y esto lo anunció mientras me acariciaba la barbilla y mientras sus ojos desbordantes de lujuria parecían estar lamiéndome la cara. Nos encontrábamos en un local de copas frecuentado por humanistas rijosos y desencantados.

No sé por qué, pero de pronto empezamos a departir sobre literatura norteamericana. Me oí hablar de Hemingway y creo que dije cosas muy interesantes sobre ese señor. Y tampoco sé por qué, pero de repente la tal Becerril empezó a relacionar a Henry Miller con nuestro destino. Aunque toda aquella divagación se me antojaba pedantesca y gratuita, me pareció que aquella señora se esforzaba por parecer ingeniosa y pensé que quizá merecía que yo

le echase una mano para que no tuviera la impresión de que estaba haciendo el ridículo, que era lo que realmente estaba haciendo. Pero yo también estaba haciendo lo mismo, de manera que no tenía razones para crearme superior a ella, si bien no podía evitar sentir esa sensación de superioridad.

Debían de ser las dos y media de la madrugada cuando le propuse tomar la última copa en mi casa. Recuerdo que nos desnudamos al poco de entrar en la sala de estar. Habíamos bebido bastante vodka en la cocina y nuestras miradas y ademanes ya expresaban el urgente deseo de pasar a la acción estrictamente erótica. Nos masturbamos mutuamente sin mucho tino porque estábamos muy borrachas. Nos reímos y le intenté morder el pezón izquierdo, pero ella me introdujo un dedo en el ano y finalmente no mordí ninguno de sus pezones.

—Te quiero —le dije.

—Estás loca —afirmó Tamara sonriendo como una monja blasfema.

—Sí, pero menos loca que tú, encanto. Tienes cara de asesina en serie.

—Eso es un piropo y lo demás son tonterías.

—Dame un azote en el culo —le imploré.

Me dio dos azotes muy fuertes.

—Dios te lo pague —musité.

—¿Crees en Dios, cerdita?

—Yo soy Dios.

—¿Quieres más azotes, Dios? —me preguntó eufórica y socarrona.

—Lo que quiero es escribir como Faulkner.

—Olvídate de ese tío. Está sobrevalorado —me chupó una oreja.

—Qué rico. Te huele el aliento a bacalao —comenté.

Tamara Becerril me dio un brioso empujón y arrojó el contenido de un vaso de vodka sobre mis senos. Estuve a punto de propinarle una patada en el coño, pero me sentía cansada y absurda, por lo que preferí permanecer quieta y expectante, fingiendo aplomo, escuchando los sudores de la madrugada, sintiendo la soledad y la

fragilidad de mis células. Tamara se vistió en silencio, me fulminó con una mirada que destilaba una soberbia afligida y se largó del apartamento sin despedirse, dando un fuerte portazo. Si me hubiese dejado concluir mi observación, tal vez no habría reaccionado de ese modo, pues pensaba agregar que el aliento a bacalao me entusiasma.

Me dejé caer en el sofá y me dormí. Entonces vi a papá beber whisky. Cuando sueño con papá, casi siempre le veo bebiendo whisky.

Ahora debo decidir si sigo durmiendo o si me tomo un café y encaró el nuevo día con un mínimo de coraje. Opto por lo segundo porque recuerdo que dentro de dos horas y media tengo una cita con Lola Rúa, una mujer que ha cometido la equivocación de enamorarse de mí y que tiene el mal gusto de recordármelo siempre que me ve.

Bajo a la calle vestida con una camiseta desteñida y con unos vaqueros. Tengo el pelo mojado y huelo a gel para bebés.

Es un convencional día de junio. O no lo es tanto. Quién sabe. Árboles serios y corteses brindan sombra a asambleas de palomas temerosas y confundidas por razones que no tengo intención de averiguar. Por estas calles merodean algunas personas feas pero harto orgullosas de sus respectivos cuerpos porque los esculpen semanalmente en gimnasios donde se pactan coitos higiénicos y saludables. Seguro que no son malas gentes y seguro que el hablar con ellas no me causaría desasosiego alguno, pero no creo que yo pudiera infundirles precisamente serenidad si escuchasen mis verdaderas opiniones acerca del mundo y de sus habitantes.

Paso muy cerca de la terraza de un bar donde hay gente bebiendo cócteles baratos y contándose chistes antiguos. Dos jóvenes musculosos de pelo corto me miran con deseo desde su mesa y me preguntan si quiero tomarme una cerveza y pasar un buen rato en su compañía. Observo a los jóvenes con ojos afables y compruebo que son mellizos.

Les propongo:

—Me tomaré una cerveza con vosotros si me decís qué es lo que realmente os interesa de mí.

Los jóvenes ríen, se miran, me miran, vuelven a reírse, se palmean los muslos, me miran de nuevo.

—Tienes aspecto de ser una mujer valiente —me dice uno.

—No te asusta el mundo —me comenta el otro.

—No sois sinceros, chicos. Y por esa razón rechazaré vuestra invitación.

Me miran con frustración e impotencia.

—No soy valiente y el mundo me asusta bastante —añado.

Ahora me miran con incredulidad y algo de enojo.

—De acuerdo, nos interesa tu culo, nena. Es un culo grande, redondo, bien tonificado. Es lo mejor que hemos visto en este puto distrito —admite uno de ellos mientras se levanta de la silla y me fulmina con ojos retadores.

—Bravo, campeón, pero debiste decirlo al principio —zanjo.

Zumba una mosca cerca de mi nariz. La espanto y reemprendo la marcha.

—Si no fuera por tu culo, no valdrías una mierda, pedorra —me grita el otro de los mellizos.

Me doy la vuelta y respondo:

—Tienes toda la razón, chaval.

Algunas personas de las mesas vecinas se levantan e increpan a los jóvenes por su comportamiento grosero. Una musculosa y trepidante anciana vestida con un chándal color cebolla me agarra de un codo.

—Debería denunciar a esos idiotas —me dice en tono reivindicativo.

—Esos idiotas seguirán siendo idiotas aunque los denuncie. Y ahora suélteme y siga corriendo, señora.

—¿Qué tipo de mujer es usted? ¿Cómo permite que le hablen así? ¿No tiene dignidad?

—No sé si tengo dignidad, pero parece ser que tengo un culo de cine.

—Yo también tuve un culo de cine cuando era joven, pero no era tan pelandusca ni tan furcia como usted. Acabará muy mal si no rectifica —me advierte, y se aleja de mí.

—Ya he acabado mal, señora, muy mal —afirmo mirando al cielo.

3

—¿QUÉ haces desnuda, Sara?

—Me aburro, David.

—Pasear en bolas por la casa no va a acabar con tu aburrimiento.

—Te equivocas. Desnúdate y sentirás cómo el mundo deja de ser una cárcel.

—Ahora no puedo. Necesito sentirme encarcelado. Tengo trabajo.

—¿Trabajo? Pero si estás leyendo a Rubén Darío.

—Me ayuda a concentrarme antes de ponerme a trabajar.

—¿Me das un masaje?

—Soy un pésimo masajista. Ya lo sabes.

—Estamos solos. Papá y mamá están en un funeral.

—Sara, vístete y ten piedad de mí.

David, mi hermano mayor, era alto, musculado, de compleción atlética. Lo curioso es que no se caracterizaba por ser una persona deportista. Jamás le vi yendo a un gimnasio o haciendo ejercicio. Para más inri, se tomaba a guasa a esas personas que salen a la calle a correr o a trotar.

—Mañana es mi cumpleaños —recordé a David.

—No lo he olvidado.

—¿Sabes cuántos cumplo?

—Diecinueve.

—Exacto. ¿Qué vas a regalarme?

—Ya lo verás.

—Espero que no sea una puta novela histórica.

—Te voy a regalar una muñeca hinchable.

—Eso sería muy divertido, pero tú no regalas esas cosas. Eres demasiado serio. Y no te queda bien ser tan serio, porque te hace parecer tonto. Un exceso de seriedad siempre nos hace parecer más tontos de lo que realmente somos —argüí.

Mi hermano sonrió, si bien no dio la impresión de que lo estuviera haciendo con entusiasmo. David tenía una sonrisa melancólica que irradiaba ironía y escepticismo. Era la sonrisa de un hombre joven que no quiere parecer joven. No sé por qué, pero esa sonrisa despertaba inmediatamente mi lascivia.

—Deja de tocarme ahí, Sara.

—¿Ahí? ¿A qué te refieres con *ahí*? —le pregunté mientras me acariciaba el clítoris con vehemencia—. Simplemente estoy examinando lo que un día será solo ceniza.

—Si yo me masturbara delante de ti, dejarías de reírte y te enfadarías conmigo.

—Si te masturbaras delante de mí, sería muy feliz y te amaría siempre, aunque fueras un líder fascista. Ver tu polla unos segundos es más emocionante que ver una película de Hitchcock.

—Yo pensaba que las pollas te daban asco.

—Casi todas, pero algunas me parecen dignas de ser admiradas. ¿Hace falta que te recuerde que la tuya es una de ellas?

—Nunca la has visto.

—La he visto lo suficiente.

—Sara, ¿por qué me idolatras tanto? No soy muy diferente de los tíos que quieren follarse contigo.

Dejé de pellizcarme el clítoris y dije:

—Eres un cobarde, David.

—¿Por qué?

—Siempre haces lo que dice papá.

—No te fíes de las apariencias.

—Me fío de las apariencias porque en este caso las apariencias no engañan.

Poco antes de concluir sus estudios de Arquitectura, mi hermano ya estaba trabajando en la empresa de papá, una afortunada constructora que atiborraba las periferias urbanas de edificios desgarrados y taciturnos que transmitían seguridad a las personas que encuentran en la vulgaridad estética un alivio a sus complejos de clase.

Nuestro padre, Fernando Besteiro, un hombre que había sido educado para debilitar a los fuertes y para tiranizar a los débiles, se opuso a que su primogénito se desarrollara laboralmente en otro espacio que no fuera su constructora.

—¿Dónde vas a estar mejor que conmigo, tunante? —le dijo a David cuando David le anunció que deseaba adquirir experiencia en una empresa en la que él no fuera el hijo del jefe.

—No busco comodidad, sino conocimiento —respondió mi hermano.

—Yo te ofreceré ambas cosas, bobo.

—Pero quiero hacer algo por mí mismo.

—No seas terco, hijo. La vida es muy corta y muchas personas no llegan a nada porque no han querido utilizar los atajos que les ofrecieron sus padres. El mundo está lleno de fracasados con mucho amor propio.

David se sometió finalmente a los deseos de nuestro padre, pero lo hizo con más insolencia que humildad. Y creo que papá no quedó del todo satisfecho con esa sumisión, puesto que esa sumisión se le antojaba sospechosa y malintencionada por resultar enfática y desafiante. Aquella sumisión parecía ser la tapadera de una rebelión silenciosa y profunda que acabaría manifestándose algún día de un modo descarado y dramático.

Por aquellos días vivíamos en una casa de ladrillo de estilo provenzal rodeada de pinos y de peñas, a treinta y cinco kilómetros al norte de Madrid. La casa, de dos plantas, tenía alrededor de unos trescientos cincuenta metros cuadrados y más de diez habitaciones. En el jardín trasero había una piscina cuadrada y una pista de tenis. El dormitorio de David ocupaba una gran parte de la zona

del sótano. Allí disponía de un cuarto de baño, de un microondas y de un frigorífico surtido habitualmente de latas de cerveza y de pizzas congeladas. Tal era su placer por aislarse en aquel lugar, que en un rincón del sótano había hecho instalar una mesa de dibujo técnico provista de un flexo. David se pasaba algunas madrugadas trabajando ante esa mesa mientras escuchaba a Mahler. Mahler no era su compositor favorito, pero deseaba que lo fuera porque tenía la impresión de que ser *mahleriano* era una forma de distinguirse de la gente de su entorno profesional.

Una valla de piedra gris delimitaba toda la finca, a la que se accedía por una gran cancela de hierro. No había perros guardianes. Papá detestaba a los perros por causas que nunca reveló a nadie. Tampoco había cámaras de seguridad: papá las consideraba inútiles y estimaba que esos chismes atraían a los ladrones inteligentes y mañosos, quienes, en su opinión, eran los únicos ladrones que lograban vivir del robo y, por tanto, los verdaderos ladrones. Dos parejas de vigilantes se encargaban por turnos de nuestra seguridad. Papá les pagaba generosamente. A veces les invitaba a tomar cerveza y en ocasiones les pagaba las putas. Aquellos tipos parecían estar agradecidos, pues siempre nos saludaban efusivamente.

Cuando Digna Poncela, nuestra madre, se enteró de aquellas gratificaciones, dijo a su marido:

—Eso es una inmoralidad, Fernando. Vas a echar a perder el alma de esos chicos.

—Querida, el alma de esos chicos ya está perdida, si es que existe eso que llamamos alma. En cualquier caso, ¿quieres que se eche a perder esta casa y nuestra vida por no tener contentos a quienes nos protegen al estar más preocupados de su hipotética alma que de sus apetitos carnales?

—Es desolador lo que dices —replicó mamá con pudoroso abatimiento.

Papá, repantingado en un sofá, un vaso de whisky sobre la barriga, añadió:

—Sí, es desolador, Digna, pero no es culpa mía. Un hombre con una vida sexual plena y satisfecha es menos envidioso que el resto y, por tanto, le tienta menos la idea de traicionar a su superior. Esos chicos nos serán fieles mientras yo me preocupe del bienestar de sus genitales. ¿Crees que estarían contentos si les regalase un lote de libros de poesía social? Lamento ser tan cínico, pero mi cinismo nos ha permitido vivir como vivimos.

—Que Dios nos perdone —musitó mamá.

Papá resopló, se encogió de hombros y echó un trago de whisky.

MI cara no es fea, pero tampoco la considero una cara bonita. Ojos verdes que expresan burla e impaciencia. Una boca pequeña y lúdica. Una nariz notable que pregona apetitos de diversa índole. Dicen que la mía es sobre todo una cara atractiva que apesta a sexo de pensión madrileña, pero me lo han dicho personas que nunca me han mirado a la cara estando sobrias, personas que parecen idealizar cualquier coito que se ejecute entre las viejas paredes de un hostel que desprenda, si se me permite la expresión, cierto casticismo matritense. Y también dicen que mi voz grave y ronca asusta a los varones abstemios que buscan estabilidad familiar y una educación concertada para sus hijos.

En una calle solitaria donde la luz del sol flota como un fantasma sentimental y tímido, un hombre calvo vestido con sotana aparece ante mí y me guiña un ojo mientras se frota las manos y emite suspiros de significado incierto. Huele a sudor y ese sudor huele a vino peleón y a huevos fritos con chistorra.

—Sara, ¿cómo estás? —me pregunta con una voz tenue, subterránea.

—¿Quién es usted?

—¿Es posible que no me recuerdes?

—¿Y es posible que usted se crea tan importante?

—Soy Blas Clotas, tu primer confesor y el capellán de tu antiguo colegio.

—Ya lo sé, hombre, ya lo sé. Me temo que es imposible olvidarle —afirmo con parco desdén.

—No seas tan arisca. Solo quería saludarte.

—Ya me ha saludado. Buena suerte.

—¿A qué te dedicas ahora? —Su sonrisa es infantil y viscosa.

—No tengo intención de contarle mi vida.

—No hace falta que me la cuentes. Sé que has sido una periodista de inexplicable prestigio y sé que te echaron por golfa y por borracha.

—Si no le importa, quisiera seguir con mi paseo.

—¿Te dedicas a pasear? ¿Es ése ahora tu trabajo? —me agarra fuertemente de una muñeca. Sus ojos sudan miedo y lascivia.

—No me toque, joder. —Forcejamos unos segundos, él babea, le abofeteo una mejilla y logro por fin liberarme de sus dedos hambrientos de carne.

—No quiero hacerte daño, Sara. Solo quiero despedirme.

—Pues adiós.

—Me estoy muriendo.

—¿Y qué quiere que haga? Todos nos estamos muriendo desde que nacemos. ¿No lo sabía?

—Gracias por la información. Pero yo no tengo a nadie y he perdido la fe. Necesito ayuda para abandonar este mundo con algo de dignidad —declara el sacerdote mientras saca un pañuelo de un bolsillo de la sotana y se limpia el sudor de la frente.

—¿Acaso tuvo fe alguna vez?

—Claro que la tuve, hostias. Mi fe era grande. No movía montañas, pero sí ladrillos, hormigoneras y excavadoras. Gracias a mi intermediación se construyeron muchos centros de acogida para gentes sin techo y sin papeles.

—Conozco toda esa historia. Y también sé que hubo quien le acusó de explotar laboralmente a algunas personas sin techo y sin papeles.

—Esas acusaciones fueron producto de la envidia. Prueba de ello es que la sociedad asistió al descrédito de los autores de esos nauseabundos bulos.

—¿Y qué le ha llevado a quedarse sin fe?

—Muy sencillo. He perdido de pronto todas mis influencias. Sin esas influencias no puedo servir a los desfavorecidos con la eficacia con que lo hacía antes. He llegado a la terrible conclusión de que jamás habría perdido mi poder si Dios realmente existiera, pues un Dios misericordioso y omnipotente jamás habría arrebatado sus armas más poderosas a una persona como yo, siempre dispuesta a dar la cara por Cristo.

—¿Y no puede ser que Cristo le haya puesto a prueba por un tiempo para evaluar la calidad de su fe?

—Lo he pensado varias veces, pero he descartado esa posibilidad porque Dios no pondría a prueba a un hombre tan débil como yo. Eso sería una crueldad que un Dios bondadoso no permitiría.

—¿Y no es posible que Dios sea un hijo de puta?

—Si Dios es un hijo de puta, no es Dios: es una nada o una voluntad ciega. Y en vista de que parece ser que es la nada la que gobierna el universo, he decidido no seguir en él.

—¿Y cómo puedo ayudarle a morir con dignidad? —le pregunto sonriendo con asco.

—Es muy sencillo. Quiero pegarme un tiro mientras tú me la chupas con parsimonia y sutileza. En mi casa tengo una pistola y creo que puedo usarla con resolución. ¿Podrías ocuparte tú de la parte genital?

—Podría, pero no lo haré. No quiero ser cómplice de un grave pecado.

—¿Pecado? ¿Desde cuando crees tú en el pecado?

—Lo siento, don Blas, pero no pienso ayudarle a matarse. Si quiere se la chupo, pero solo con la condición de que usted se comprometa a seguir viviendo después de haberle hecho la mamada, mamada, he de advertirle, que no será nada parsimoniosa ni sutil porque no soy amiga de la parsimonia ni de la sutileza cuando debo satisfacer sexualmente a un varón de su apariencia.

Don Blas me dirige una mirada de tranquila desesperación y comenta con voz suave y desencantada:

—No, eso no me sirve. Si sigo viviendo después de eyacular como resultado de una felación, no tendré ganas de matarme y, por el contrario, sí albergaré furiosos deseos de que me sigan haciendo más mamadas. Conozco la debilidad de la carne, sobre todo la debilidad de la mía. Entonces me convertiré en uno de esos hombres convencionales y mediocres que se conforman con una periódica ración de sexo para seguir tirando.

—A mí me parece que es preferible ser un hombre convencional y mediocre a ser un hombre repugnante, que es lo que usted ha sido durante casi toda su vida.

—Sí, soy un hombre repugnante, pero no tuve la suerte de tener una polla grande, y esa desventaja física me impidió integrarme convenientemente en la sociedad. Por eso me hice cura y auxiliar de desfavorecidos.

—¿Qué coño me está contando? Hay hombres con la polla pequeña que logran integrarse en la sociedad sin demasiados dramas. Y hay hombres que son contumaces inadaptados precisamente por tener un aparato viril demasiado voluminoso.

—Bueno, no quiero hablar de esas indecencias. Lo único importante en estos momentos es que nos hallamos cerca del final. Ríete de mí, pero te aseguro que la humanidad está definitivamente perdida, al borde de su extinción.

—Siempre estuvo perdida, don Blas.

—No como ahora, Sara.

—¿Y qué cojones pasa ahora que no pasara antes?

—¿No lo ves? ¿Tan ciega estás?

—Veo un infierno a mi alrededor, pero lo llevo viendo desde que era niña.

Don Blas Clotas estalla en una carcajada triste y tribal, escupe al suelo y se aleja de mí con paso errático. Luego se interna por una calle de sombras viciosas y el olor a vino peleón y a huevos con chistorra desaparece de golpe. Un gorrión muerto cae del cielo a diez metros de mis pies y se produce una modesta explosión de sangre y de plumas.